

LA ESTÉTICA URBANA DESDE SU SIGNIFICACIÓN

Urban aesthetics from its significance

Karen Lehmann

Doctora en Arquitectura y Patrimonio Cultural y Ambiental en la Universidad de Sevilla. Magister © en Filosofía y Diplomada en Filosofía en la Universidad de los Andes. Arquitecta Universidad Central de Chile. Académica Facultad de Ingeniería y Arquitectura, Universidad Central de Chile.

• karen.lehmann@ucentral.cl

Introducción

La búsqueda, hacer un recorrido que permita comenzar a descifrar códigos, que logren entender la producción y significación urbana del espacio. Aproximarnos a la construcción, generación del espacio y formación desde aquellos códigos identitarios. Entender las circunstancias que condicionan su andar o encontrar atisbos de luz que nos aproximen a la producción del espacio en el uso desde las acciones cotidianas, en sus formas de extensión, en el arte urbano y la acción estética por medio del mural expresado en aquella búsqueda identitaria para comprender los procesos y mecanismos socio espaciales constitutivos del hábitat informal, navegando por distintos aspectos que tienen relación con las vivencias de aquel habitar. Las estéticas urbanas que configuran asir el paisaje en el juego libre de nuestras facultades y posibilitar la conexión entre nuestra realidad humana y el mundo que nos rodea.

La cultura como articulación

Lo cierto es que vivimos y respondemos culturalmente. Pero no se piensa qué clase de cultura uno vive ni cuáles son las características de esta. Lo que sucede es que, a medida que transitamos por el mundo, vamos descubriendo que la cultura que compartimos con los otros es lo que nos permite articular la realidad del mundo de nuestra vida cotidiana con la de otros; que la cultura que compartimos es lo que nos hace ser parte de actos rituales y ceremoniales, que son la representación de una cosmovisión en la que todos creemos. Que la cultura que compartimos con los otros nos provee de una lengua que permite participar del universo simbólico que le da significado y sentido a nuestro mundo. Que los sentimientos y emociones con que reaccionamos frente a ciertas situaciones no nos avergüenzan frente a los otros con los que compartimos una cultura, pues ellos reaccionan similarmente frente a las mismas cosas. Podríamos pensar la cultura como esa creación humana que nos permite configurarnos un mundo, mundo que se habita y que al mismo tiempo nos habita. Y que aquella acción cultural es la expresión estética como posibilitador de aquel juego. En palabras de Schiller (2018), solo en la unidad de la realidad con la forma completamos el concepto de humanidad como consumación a partir de la experiencia estética.

Significación espacial. La realidad, el tiempo y la propia aproximación

Desde Aristóteles (1978), el tiempo tiene un grado de conceptualización, en donde el observador debe reconstruir aquello que ya es parte del pasado y el término de la acción, refiriéndose a un movimiento determinado que pone en referencia algún otro movimiento que deseamos medir. Sin embargo, tiene un fundamento real en cuanto existe. Los cambios sucesivos existen en la realidad, pero debo construir el movimiento en el intelecto. No está el inicio y el término (ya que el inicio ya ocurrió y el término debo proyectarlo en la mente), hay fragmentos que, como en una película, la memoria y el intelecto construyen aquella realidad existente, pero que sin embargo se idealiza para poder medirlo. Por tanto, lo completamos en

la trayectoria que usamos como referencia (la vuelta al sol poniendo un punto referencial de inicio y término, usado como referencia para medir el tiempo de algo determinado). Así como una medida de distancia se mide con otra medida (el metro, por ejemplo, o las medidas del cuerpo, como las pulgadas o pies), el tiempo se mide en referencia a otro tiempo, esto es, la vuelta al sol de la tierra. La realidad de esa vuelta existe (en cuanto que llega al punto referencial de término), pero que sin embargo está completando el observador para poder construir, en el intelecto, aquel movimiento. De ese modo, entonces, reconstruimos una realidad existente que está ahí "afuera", pero que sin embargo debemos idealizar para poder reconstruir, completando la película del movimiento, de la historia, del pasado, proyectándola hacia el futuro. Asimismo, en la ciudad y nuestra experiencia espacial, configuramos una huella material. Elaboramos una notación dialógica que construye un tiempo y espacio como producto social. Lo llevamos así al signo, la apropiación, la identidad, la pertenencia. Así entonces, no es posible abstraer, de los contextos culturales, la comprensión de aquellas expresiones. En lo íntimo y lo colectivo. Desde la expresión en su más pequeña manifestación, hasta lo más amplio en el arte colectivo, el mural urbano, en los modos de habitar.

La memoria como constitutivo de nuestra identidad y la conexión con el mundo

La memoria guarda, tanto en los dispositivos electrónicos como en el animal, aquello que en algún momento se ha hecho presente y ya forma parte de los registros almacenados, donde se puede recurrir en cuanto sea necesario. Así como en los dispositivos electrónicos, el animal guarda lo captado por los sentidos, aprehendido mediante el proceso de percepción y llevado a la imaginación, que se guardará en la memoria como representación de algo pasado. En el caso animal, y a diferencia de los dispositivos electrónicos, la memoria permite asociar en el proceso intelectual, imágenes, situaciones, circunstancias que pueden ser favorables o no para el sujeto. Gatillar emociones, deseos, pasiones que determinarán una cierta conducta. Se condicionarán respuestas a determinadas circunstancias favorables o desfavorables que son cruciales para la supervivencia, permitiendo, a través de la memoria, aprender sobre cómo responder, reaccionar frente a determinadas circunstancias que pueden permanecer o cambiar. La capacidad de aprendizaje frente a los estímulos recibidos y almacenados y, por lo tanto, la conducta, varía importantemente, otorgando al hombre no solo la facultad de respuesta frente a una circunstancia favorable o no, sino una construcción identitaria.

Heidegger (1997) plantea que el rasgo fundamental del pensar es el percibir. Lo que pensamos cuando pensamos es la realidad. Conocemos la realidad pensando en ella. Sin embargo, plantea aún la duda sobre a qué se le llama pensar. Expone, asimismo, el pensar bajo el alero de la memoria. Nuestra esencia es pensar, por lo que al meditar obtenemos el recuerdo. Pone al ente-presente en su presencia en relación con nosotros generando una re-presentación y emitiendo un juicio desde el objeto percibido y la relación representada de aquel. Así entonces, nos

apropiamos de aquello. Accedemos a su identidad y su esencia que se presenta en la realidad de manera solapada, accediendo a esa verdad en un genuino despliegue de aquella realidad que se nos presenta para ser entendida sin límites. Pieper (1998) plantea al ser viviente como ser en el mundo. El mundo es el campo de relación, en donde solo un ser con interioridad tiene mundo, lo cual genera ser centro y sustentáculo de un campo de relaciones. Con más nivel de interioridad, más poder de relación y, por tanto, mayores dimensiones tiene el campo de relación de ser. Tomás de Aquino (2016) nos habla de la captación del mundo a través del asombro, en donde, con este, el mundo es más profundo y amplio. Es el despertar del conocimiento. Quien comprende no se asombra, por lo que el deseo de saber (en la conciencia de la propia ignorancia) activa la exigencia de saber. Asimismo, Sócrates (Platon, 2015) plantea también en el asombro relacionarse de manera más profunda con lo real. Alejarse de interpretaciones corrientes para asir el mundo.

Realidad entonces capturada en el pensar. Pudiendo anticiparnos. Tratar con lo ausente. Reconstruir el pasado a través de la memoria. Compartirlo. Conservarlo. Construyendo el presente desde la historia pasada. La memoria permite asociar, en el proceso intelectual, imágenes, situaciones. Gatillar emociones, deseos, pasiones que determinarán una cierta conducta. Se condicionarán respuestas a circunstancias que son cruciales, permitiendo, a través de la memoria, aprender sobre cómo responder a situaciones que pueden permanecer o cambiar. Aquello que permite conocernos y reconocernos en nuestra relación presentepasado, construir un yo, que se compone no solo en nuestra respuesta conductual sino también en el reconocimiento biográfico de nuestra identidad personal, grupal, social, a través de nuestras vivencias y también de los relatos, historias entrelazadas, la herencia identitaria de nuestros antepasados, expresados en el arte y la experiencia estética. En el habitar manifestado desde una cultura que habla de quiénes somos y quiénes fuimos cuando nos adentramos en la expresión artística a lo largo de toda la historia humana, en todas sus formas de extensión. Desde la necesidad de resguardar la memoria plasmada en los muros, desde las representaciones teatrales, la música y la danza. En la expresión rupturista o pancarta que, como modo de manifestación, busca transformar el mundo y que, desde Schiller (2018), el arte y la experiencia estética, como un modo de dominio que permite la realización de la humanidad, asumiendo el arte como un vehículo de conocimiento, logrando acceder a nuestra naturaleza humana que permite generar un distanciamiento respecto a determinaciones de modo pasivo y llegar al dominio de un estado que en nuestra determinación nos hace libres para nuestra realización humana. Una totalidad que permite entender quiénes somos. La dirección del pensamiento, asimismo, es el desvelamiento de la verdad. La realidad. Su esencia. Pensar hace que las cosas se presenten ante nosotros, haciéndolas presente al pensarlas. Es la manifestación de la vida. Comprendemos el mundo cuando lo definimos a través del acceso sensible (aunque limitado al supeditarnos a nuestros sentidos), pero procesado, percibido y llevado a juicio. El proceso meditativo, así, permite un acceso a la realidad más profunda, aproximándonos a ella. Realidad que se nos

presenta y, sin embargo, no siempre en la cotidianeidad nos aproximamos. En la tarea intelectual nos acercamos a la verdad que encontramos en las cosas, construyendo una totalidad que nos permite reconocer una realidad. Acercándonos a aquella verdad siempre buscada como premisa humana.

Apariencia y realidad

Gadamer (2000) nos plantea un nexo entre las limitaciones en la expresión de las opiniones y la falta de libertad en el pensamiento. De alguna manera, en la búsqueda de la verdad (inherente al ser humano) en donde las cosas se mantienen ocultas, la búsqueda de desocultación permite develar aquella verdad en las cosas. Asimismo, relaciona aquel encubrimiento con la naturaleza propia del lenguaje, en donde la desocultación se produce en la sinceridad del lenguaje, el discurso verdadero. La verdad, de ese modo, es desocultación. Hay un juicio verdadero en la medida en que se reúnan el discurso y lo que la cosa es. Es deducción desde su objeto racional. Del mismo modo, desde la ciencia, la idea del método es lo que prevalece, siendo la certeza el criterio que mide el conocimiento. Desde allí, Gadamer plantea si hay en la ciencia un límite de lo objetivable, experimentando en nuestra relación con el mundo una experiencia subjetiva. ¿La verdad entonces es reducida a demostraciones? Hay allí un riesgo de compromiso inicial con lo que parecen ser las cosas, siendo una parte necesaria en la búsqueda de lo que realmente son las cosas. Aceptamos la realidad de las cosas como parecen ser. Heinsenber (2023) nos habla del concepto de verdad científica, en donde una teoría cerrada se caracteriza por un sistema de definiciones y axiomas, estableciendo conceptos fundamentales representando una teoría idealizada. Soluciones definitivas limitadas a campos restringidos de la experiencia. Sistemas matemáticamente representables y contenidos en sí mismos de conceptos y leyes aplicables a ciertos dominios de experiencia. La mente que descubre lo que ella misma pone. Universalidad y necesidad que ya estaba. Es posible, indudablemente, ampliar esa experiencia. En filosofía ese conocimiento se desmonta. Salir de la apariencia en un hábito de pensamiento.

¿Cabe preguntarse si la verdad es un consenso? Creo que la opinión es verdadera si la cosa es verdadera. No es necesario que en la cosa se encuentre la razón de verdad. Es en el ser de la cosa y no su verdad lo que causa la verdad en el entendimiento. Las cosas son verdaderas porque son. Y conozco la cosa cuando lo conocido se da en mí. El entendimiento es verdadero en cuanto tenga la forma propia de su naturaleza. Semejanza de la cosa conocida. Es verdadero en cuanto tiene forma propia de su naturaleza. Esto es, la semejanza de la cosa conocida. Su forma en cuanto cognoscente. Conocer tal conformidad es conocer la verdad.

Y desde el lenguaje, nos dice Gadamer, en donde utilizamos distintas formas de comunicación supeditado a los elementos que el lenguaje nos ofrece, lograr la univocidad planteado como tarea filosófica. Un metalenguaje que ofrezca la expresión de verdad de lo que ahí está. Ahora bien, más allá del discurso o de cómo expresamos lo que experimentamos, la cuestión es si aquello que percibimos, teniendo como acceso único a aquella

verdad a nuestros sentidos, podemos estar bajo una verdad parcial o distorsionada sin siquiera tener conciencia de aquello. Plantea así Gadamer, que no puede haber un enunciado del todo verdadero. Aquellos se formulan desde una motivación subjetiva, una solapa de prejuicios que condicionan una respuesta. Entendemos, de esta manera, aquel acercamiento que tenemos del mundo desde más allá de la imagen refleja proporcionada por los sentidos. La comprensión, la cultura, experiencia, historia y el significado determinado por las características del receptor. En el proceso de percepción asoma el mundo individual interior, condicionado a la existencia histórica, identitaria, entendiendo una totalidad desde el presente, pero relacionándolo con un pasado latente, o bien revisando dicho pasado desde una nueva comprensión de la experiencia vivida, reconociéndonos en dicho pasado para comprendernos en el presente. A través de la filosofía me libero de los prejuicios. La filosofía muestra. No demuestra. De alguna manera, cuando volvemos a revisar nuestra historia desde una mirada ya desde el exterior, no ya como partícipes sino como espectadores (y no me refiero solo a la observación de nuestra propia experiencia de nuestra infancia sino la mirada amplia que implica ver hacia atrás la historia de un pueblo), podemos comprender nuestro presente, desde una mirada tal vez menos emocional y, por tanto, más amplia y menos subjetiva. Resolver aquellos códigos que permiten entendernos de alguna manera (y esto ya desde una mirada personal) en nuestro presente, desde nuestro pasado constituyendo nuestra identidad. Allí, desde la filosofía, liberamos lo empírico para mostrar la verdad. Aun cuando sea una verdad individual. Nos constituimos a través del relato.

Gadamer nos habla de cómo el lenguaje nos permite acercar a una verdad sin interpelación. Sin consenso. Sin abarcar una verdad total. La verdad se valida en su intención de validez. El discurso presenta lo conocido al otro. Es un espejo de la realidad. Y en su interpretación, damos una lectura que puede afirmarse como verdadera en la medida en que nos acerque a ella.

Rusell (1972) plantea la permanente búsqueda de la verdad, que no posible para su acceso desde el sentido común. Explicar el mundo, llegar a la reconstrucción de los fundamentos de este, es algo de lo que la filosofía se ha ocupado desde siempre. Tenemos, sin embargo, el velo de las creencias y pasiones. La supeditación de nuestros sentidos, la sensación, la observación, destruyendo cualquier posibilidad de certeza. Debemos, además, creer en nuestra memoria; o testimonios. Confiamos en la memoria, sin embargo, puede engañarnos. Revivimos el pasado en una recreación que puede ser distorsionada, sin embargo, vital en la construcción de nuestra conciencia. El acercamiento de las percepciones nos puede acercar a las causas externas. Podemos encontrar una confirmación en revelaciones, sin embargo, no podemos liberarnos de la memoria como fundamento de nuestro conocimiento. Hace aquí, entonces, aquella distinción en donde plantea la filosofía como la refundación del conocimiento. Desde el lenguaje y su capacidad de penetración, en donde podemos salir de la apariencia y entrar en la realidad. Por un lado, presenta el mundo aparente, la percepción externa de los objetos y, por otro, la

introspección. Lo subjetivo y privado y la introspección que implica una expansión hacia el mundo mental. En el proceso de percepción es posible captar una realidad física vinculada a las ondas lumínicas del objeto que otro sujeto también puede percibir, sin embargo, a través del pensamiento, desarrollo algo único e individual. Ambas, sin embargo, las considera en un paralelismo de pensamiento. Y en ambos casos, una traducción en el lenguaje con inferencias que se constituyen con el dato inexpresable. Nuestras creencias, asimismo, pecan de cierta soberbia. Aquello que decimos conocer, no lo conocemos. Define poco. Es vago e impreciso. Hay realidades que requieren más examen. La filosofía, entonces, desmonta ese pensamiento. El deseo de saber, de llegar a la verdad, es propio del ser humano. Salir de la apariencia para lograr llegar a la penetración desde el hábito del pensamiento. Entrar en la realidad. Tomar lo que no está en la apariencia. Lo que decimos conocer, no permanece. Hay una diferencia entre lo que decimos de algo y lo incompleto de su percepción. No es suficientemente seguro. Un objeto no aparece igual para los observadores, ya que, aunque coincidimos en la realidad, puede ser distinto como aparece en base a la sensibilidad. Hay, en el proceso de percepción, una interpretación de la realidad. Puede haber diferencias entre aquel conocimiento impreciso (supeditado a posibles defectos en el órgano receptor), manifestando contradicciones.

Podemos ver en Aristóteles (1978), que se interpreta que, en el acto sensible, captamos una realidad material, que sin embargo no integramos sino en la réplica, el espejo de aquello que estamos captando, que se encuentra en el intelecto. La realidad material es captada por medio del conocimiento sensible y entendida por medio de una realidad formal, inmaterial, así como la cera que recibe la impresión del sello. En esta captación de lo material no está la cosa, sino aquella realidad expresada inmaterialmente captada a través de aquello que estamos percibiendo (los colores, sabores o sonidos) y es a través de ella, por medio del conocimiento sensible, que podemos generar esa abstracción de la realidad. Hay una representación de las cosas en el intelecto que permite conocerlas. Los órganos, que pueden engañarnos en cuanto a generar una captación distorsionada, informando algo errado. O bien, en el proceso perceptivo generar una representación parcial, que se limita a las capacidades de los órganos. Las facultades sensibles, sin embargo, se poseen en cuanto la necesidad de la especie lo requiere (la visión nocturna, por ejemplo, en el caso de los animales que cazan su presa durante la noche, la facultad auditiva aumentada en otros, o bien, la ausencia de una facultad cuando no se requiere, dada la naturaleza del animal), la falla señalada se refiere a aquella existiendo la facultad.

En este sentido, cabe preguntarnos si el acceso al mundo material es un amasijo de apariencias que difuminan la realidad. Si nos mantenemos en el espacio de la sensibilidad, nos mantendremos en una dimensión que no tiene medida en sí misma. Platón nos diría que en el conocimiento múltiple de opiniones no ofrece fe. En el devenir están las conjeturas y es en la esencia donde está la dialéctica, las ideas morales, el conocimiento, lo inteligible. Kant (2007) nos plantea una realidad que se nos aparece, a la cual solo tenemos acceso

a través de nuestros sentidos. Nos aproximamos entonces a una realidad que, por medio de nuestra sensibilidad, nos vincula y relaciona por medio de un juego que nos ofrece la experiencia estética. El juicio del gusto explica este vínculo que, en el aparecer del objeto, que es un particular, se genera un sentimiento, manifestación de una reflexión que une nuestras facultades de imaginación (que comprende los particulares) y el entendimiento (que los reúne) y las pone en juego. En este juego, entonces, de aquellas facultades se genera el sentimiento de placer o dolor. Juicio en sus rasgos desinteresado y universalizable, por tanto hecho en cuanto facultad humana, subjetivo sin embargo como facultad (más allá del objeto material) en cuanto a la posibilidad de juicio y juego que encontramos en el correlato que se expresa a priori. Comprender, juzgar, crear y actuar como un todo que participa entretelado. La subsumición de lo que se nos presenta a un todo coherente. En el encuentro de aquel juego con una secreta finalidad que guarda una estructura y expresada en nosotros. Estamos subsumidos desde nuestra experiencia individual, destinados a encontrarnos, aprehender y actuar de manera entrelazada, comprendiéndonos como seres sociales. Desde nuestra individualidad integrada en un todo.

Conocer como un reconocerse

Por otro lado, en la abstracción y el proceso perceptivo hay un juicio. El proceso intelectual abstrae, procesa, relaciona, filtra, es un proceso que elabora, resignificando desde lo aprendido, su memoria, experiencia y, por lo tanto, vinculándose con el mundo desde su propia interpretación. La fortaleza de aquello es el molde, la impresión diferente que cada quien le da a lo que nos rodea, dando esa diferencia que hace encontrarnos o diferenciarnos, otorgando riqueza en nuestras relaciones sociales, humanas, individuales y colectivas, identificándonos o bien diferenciándonos según vemos e interpretamos el mundo. La percepción no es causa de la realidad. Hay una realidad sin ella. La percepción es activa, le imprimimos una identidad. No es un mero contenido sensible, es una interpretación. Cuando imaginamos aparece el objeto sin aquel. En la introspección ahondamos en el campo mental entre la conciencia intelectual del sujeto sobre el fenómeno que involucra. Es el acto mental fundamental con el que conocemos la realidad. En ensimismamiento. Deducción. Inferencia. Concluimos derivado de la percepción. Es una derivación mayor de lo que estamos conociendo, llegando a lo particular. Una elección como una manera de ver el mundo, encontrando tal vez más preguntas, como transformación de la percepción.

El lenguaje declarativo en el conocer

Sokoloswki (2013) aborda el discurso cuando reflexionamos y lo que en ello se manifiesta. No solo desde el lenguaje mismo, sino en su elaboración y meditación de las entidades reveladas. En donde hay una articulación y una apropiación asumiendo una posición, somos agentes de verdad en donde ponemos de manifiesto, en los ejercicios del lenguaje, una revelación que asoma. Ahí donde hablamos sobre las cosas que aparecen. Plantea, además, que sin declarativos no podríamos dar cuenta de nuestra presencia como hablantes. Aparece el yo desde el

yo declarativo. En el lenguaje tenemos pensamientos que se amplían y desarrollan, elaborando mayores pensamientos. Asociamos, entretretemos y relacionamos cosas que pueden no estar presentes. Estamos ligados a la verdad a través de la expresión del lenguaje, expresión de la razón que conecta y pone de manifiesto el mundo. No podemos no pensar ni pensar sin palabras. No podemos estar al margen de expresiones lingüísticas. Agregaría aquí todas las formas de expresión en donde el ser se manifiesta y nos comunica. Asomando ya desde la distancia, la comprensión de un mundo que nos habla no solo desde la palabra. Desde el mirar, el habitar, los secretos mejor guardados asomados en las huellas sutiles, discretas y también pretensiosas.

Entendemos el conocer cuando nos damos cuenta de nosotros mismos. ¿Hay relación entre captar un objeto y captarse a sí mismo? La relación es lo que lleva a nombrar algo en aquella relación. Lo inteligible de algo que se relaciona con el mundo y yo. Nos captamos a nosotros mismos. Hay una necesidad de inteligencia que necesita saberlo todo. Necesita la causa. El por qué. Remontarse a algo que dé razón de todo. La inteligencia, cuando hace esto, se expresa en términos del lenguaje. El juicio es un acto. Vamos comprendiendo más. La elevación del pensamiento, que da mayor perspectiva al acortar el espacio. Entender todo sin tener la ciencia de cada cosa en particular. Porque abarca lo otro que tiene de inteligible. El orden del universo y sus causas. La capacidad de síntesis, regulación a priori para integrar los objetos. En el lenguaje articulado, en la construcción sintáctica. Reflexionando sobre el futuro, el pasado, rasgo distintivo del ser humano. Hay una utilización del verbo en relación con la realidad, por lo que nos conectamos no solo con nosotros mismos sino con esa realidad cognoscible y, por tanto, revelable. Hay una relación consciente entre la realidad y el uso de las palabras, siendo el lenguaje un espejo de la realidad. La razón, por otra parte, anticipa en un vacío de relaciones directas -pensamiento of line que plantea Husserl (2022) en donde entendemos una secuencialidad, dándole valor a los momentos.

No existe una manipulación de la realidad, el lenguaje manipula la referencia que se hace de ella. Hay un relato que nos permite comprendernos en retrospectiva y darle significado.

Significados urbanos

La ciudad puede ser leída, entendida, como un texto. Contenedores de diversos enunciados en sus fragmentos, portadora de códigos y signos que nos dicen algo. Para penetrar el tema de las significaciones es necesario tomar las nociones de significado presentes en la Antropología Social. La antropología se pregunta por el significado en cuanto tal a partir de Geertz (1973), en especial cuando este señala que la cultura es un patrón históricamente transmitido de sentidos incorporados de símbolos. Plantea que el concepto de cultura es esencialmente semiótico, asumiendo al hombre como un animal inserto en tramas de significación que el mismo ha tejido. Considera que la cultura es esa urdimbre y que el análisis de la cultura ha de ser, por tanto, no una ciencia experimental, sino una ciencia interpretativa en busca de leyes.

Analizar es, para Geertz, desentrañar estructuras de significación y determinar su campo social y su alcance. El asumir la validez de las significaciones como símbolos culturales lleva invariablemente a plantearse el tema de la representación (imagen, signo, en definitiva, metáfora urbana). Ello es expresado por Derrida: "Metáfora circula la ciudad, nos transporta como a sus habitantes, en todo tipo de trayectos, con encrucijadas, semáforos, direcciones prohibidas, intersecciones, limitaciones y prescripciones de velocidad. De una cierta forma -metafórica claro está, y como modo de habitar- somos el contenido y la materia de ese vehículo: pasajeros, comprendidos y transportados por la metáfora" (Derrida, 1978). La metáfora es, entonces, en su particular condición, un vehículo que echa a andar la idea de representación. En ella se hace presente una necesidad imperiosa: develar el sentido que subyace tras de sí. La metáfora encerraría, en el fondo, no solo el imaginario de un procedimiento del que resulta lo metafórico en sí, sino la cualidad propia del signo y de lo simbólico en cuanto tal; la idea misma de la representación y, en su origen, la noción de la diferencia.

Este paisaje urbano de nuestra mirada, en cuanto imagen percibida, no es un producto inerte. Es activo, transforma lo que toca. A través de circuitos, a veces subliminales o imperceptibles, transmutan la percepción en nuevas formas de subjetividad. Recrea correlatos de miradas y percepciones que participan en el modelado y articulación del sentido de la vivencia, de la comprensión y de la experiencia, especialmente en el plano de la producción de lo cotidiano. Es así como el espacio reingresa en el proceso social que lo constituye. Los constructos y preexistencia cognitivoactitudinales, puestos en juego en la concepción y la recepción de la obra, cambian. Algunos se desgastan, otros se eclipsan, otros se sumergen en las formas de olvido, otros sobreviven resignificados en la historicidad. Emergen así nuevos paisajes y nuevas representaciones. Permanecen paisajes amnésicos que flotan en la obsolescencia de sus significados.

El ser humano existe en el espacio y el tiempo, pero la experiencia de ello ha de manifestarse significativamente, es decir, a través de una semiósis que acontece en la semiósfera tanto individual como colectivamente. No se puede, por tanto, comprender lo humano sin aproximarse al desentrañamiento de las estructuras de significación que lo constituye. La persona significa. La posibilidad del ser reside en su significación. Todo producto humano se encuentra afecto a significación. Los productos culturales, objetos, artefactos o prácticas, la poseen y son susceptibles de resignificación. Si bien hay significación radicalmente entrañada en la expresión de la obra, no es evidente que tal significación pueda constituirse en un "mensaje" (forma de lenguaje, al servicio de las necesidades de información y comunicación humana), ni es claro a quién está dirigido. El mensaje supone un proceso constituyente: una intención puesta comunicacionalmente en acción, una articulación de significados según un esquema organizador, una codificación retóricamente mediada, una anticipación de contenidos de conciencia constitutivos de la dotación social de sentido, una construcción social de realidad y de memoria social constitutivas de las condiciones de recepción con las que el mensaje interactúa.

Marshall Bermann (2021) ha demostrado que la predilección por lo cotidiano ha estado siempre presente en el corazón del arte moderno, que buscó barrer con las nociones clásicas de la estética de la elevación. Para una estética de lo cotidiano, como para la percepción artística de lo inestable y la fragmentación de la experiencia en la ciudad, Baudelaire (2023) es, obviamente, una figura clave. En los trabajos de este escritor francés, la banalidad y la belleza no eran incompatibles. Por lo contrario, para Baudelaire lo bello podría suceder solamente a través de la transformación artística de lo cotidiano. Es, entonces, desde los eventos accidentales y objetos cotidianos donde la poesía germina; es una experiencia cotidiana donde la estética se instala y se extiende para suscitar una sensación de belleza sin necesidad de una intervención artística ligera. Además, la decisión artística estimula el shock de la experiencia de lo cotidiano hacia un axioma de lo poético, que está conectado inextricablemente con el motivo (con el tema) de la metrópolis, el cual era todavía un tema impensable en la orientación clásica de la estética. El interés artístico que confabula la metrópolis y la experiencia de lo cotidiano ha resurgido a menudo desde el siglo XIX (desde el realismo) y ha evolucionado significativamente en ese siglo. En el inicio de la vanguardia del siglo XX, por ejemplo, la ciudad constituye no solamente el lugar donde el arte podría sumergirse en lo crudo de lo vulgar, de la multitud industrializada, sino también presentada esta misma como un escenario en el cual la banalidad del día a día podría ser sublimada.

Aparece en aquella transformación artística de lo cotidiano. Instalándose en el axioma poético sublimando el día a día, transformándolo en milagro de la realidad alienante.

Y en estos juegos de lenguaje, en los fragmentos, en el conjunto de conjuntos que generan formas de vida que habitan su heterogeneidad, encontramos la medida cultural donde se encuentran el pasado, el presente y el futuro. Donde se provoca una reacción emocional que tiene lugar por la óptica, el escenario ciudadano y las series fragmentadas. El lugar donde el cuerpo percibe la imagen y el contenido.

Cuando experimentamos la ciudad, lo que vemos es la relación entre las cosas y nosotros mismos. La visión está en continua actividad, constituyendo un presente en el que también estamos inmersos. Somos también vistos en una naturaleza recíproca. Podríamos decir que en nuestra experiencia nos vinculamos y formamos parte de la estética urbana y la relación con ella. En el mirar, reconocer, reconocernos en ella a través de los signos, los relatos, los murales, cuando los miramos y nos ven ellos, cuando compramos sopaipillas y un café caliente en el puesto callejero para seguir nuestro recorrido, sortear la baldosa rota y alguien que nos mira, va también por una sopaipilla. Acciones cotidianas que conectan con un actuar individual, pero también colectivo. Sin duda, no es separable la experiencia del espacio urbano con su conocer. Las ideas que formamos del mundo no son posibles de mantener desde una posición como espectador. Interactuamos en él relacionándonos con otros desde las acciones, la cultura urbana, dándole significado. Leemos la ciudad y la ciudad nos lee con nosotros en ella. En lo más cotidiano e íntimo, en lo

más singular y público. Adquiriendo significado en cuanto lo hacemos propio, pero también colectivo. Porque representa un momento que va más allá de la sujeción temporal. Un acto convertido en un estado que nos reúne y significa, ahora convertido en lugar. Desde un vernos nuevamente en esta interacción mutua con rostros y pasajes reconocibles.

Maturana (2006) nos afirma: "Todo quehacer humano se da en el lenguaje y lo que en el vivir de los seres humanos no se da en el lenguaje no es quehacer humano; al mismo tiempo, como todo quehacer humano se da desde una emoción, nada humano ocurre fuera del entrelazamiento del lenguaje con el emocionar y, por lo tanto, lo humano se vive siempre en un conversar". Conversar y conectarnos. Un participar haciéndose parte, expresado en el paisaje de la ciudad, en el arte, en la experiencia estética.

En aquellas expresiones transmitimos, a otro, procesos de pensamiento que nos permiten conectarnos. Y aquel lenguaje, en sus formas de comunicación, no se explica solo como transmisión con señal inalterable. Eso aísla el texto de la cultura y del espacio histórico que lo contiene. Representa una concepción que dejaría fuera procesos de transformación y adecuación de la acción comunicativa, los que se ejercen en relación a reacciones preexistentes que son pertenecientes al género humano. Tener algo que decir, revelado a través de la expresión en la ciudad que es insoslayable a la cultura como expresión de su tiempo en cualquiera de ellos.

Conclusiones

El ser humano existe en el espacio y el tiempo, entre la relación pasada y la proyección hacia el futuro; y la experiencia de ello ha de manifestarse significativamente. No se puede comprender lo humano sin aproximarse al desentrañamiento de las estructuras de significación que lo constituye. La persona significa. La posibilidad del ser reside allí. Todo producto humano se encuentra afecto a la significación, los productos culturales, la historia (su relación presente-pasado) y la identidad. Y el mensaje supone un proceso constituyente: una intención puesta en acción desde el lenguaje articulado desde lo propio. Significados según un esquema organizador, una codificación mediada, una anticipación de contenidos de conciencia con dotación social de sentido, construcción social de realidad, de memoria social, de identidad constitutivas de las condiciones de recepción con las que el mensaje puede interactuar y comunicar lo que no está materializado. Y desde allí, buscar la verdad.

Ese momento suspendido del espacio tiempo que nos entrega significado en cuanto somos parte de él en nuestro actuar cotidiano. Aspiramos de algún modo a transformar el mundo mediante la forma. O bien, lo hacemos de algún modo en nuestra experiencia estética, más allá de un arte suspendido desde la esfera culta supeditada a la valoración de mercado otorgando estatus (porque desde allí podríamos cuestionarnos qué califica al arte digno de museo en una producción ya liberada de forma, concepto y contenido, en donde la posibilidad de la incomprensión de la obra, desde el

espectador, yace en el desconocimiento de los códigos que se encuentran en la psicología del artista, siendo la producción social y económica la consideración artística reducida a criterios económicos y de mercado. El valor de cambio como valoración y supeditado a una impostura a priorista del sujeto que lo realiza ensayada en el mercado artístico). La experiencia estética va mucho más allá de eso. La obra volcada y abierta en nuestro actuar, que nos hace partícipes. La regulación libre, que asume el nuevo aparecer de las cosas, las hace propias para generar algo nuevo. La estética y la cultura asumen el mundo sin recibir simplemente las cosas, sino transformándolas. Y nosotros en ella.

La huella material abre un campo de lenguajes. Habitamos y ubicamos al objeto y al capital cultural, dándole significado, ubicándonos en un lenguaje propio y uno común. Cualidades intangibles, no desnudas de preconceptos e historias acumuladas en el cuerpo, pero sí encontrándonos desde las diferencias individuales a la producción de relatos colectivos, cuyas huellas van quedando impresas en la ciudad, otorgándole significado cultural, social, estético.

Agradecimientos

Universal: Muchos incondicionalmente viven aquí apoyando de algún modo este camino. Familia, amigos, colaboradores innatos, bastón de momentos cansados. El agradecimiento es milenario. La fama de todos se encuentra en este corazón. A veces esquivo. Muchas otras, patiperro.

Referencias bibliográficas

- Aristóteles. (1978). De Anima II. Madrid: Ed. Gredos.
- Baudelaire, C. (2023). Las flores del mal. Madrid: Ed. Austral.
- Berman, M. (2021). Todo lo sólido se desvanece en el aire. Madrid: Ed. Anthropos.
- Gadamer, H. (2000) Verdad y método. Madrid: Ed. Sigueme.
- De Aquino, T. (2016). Cuestiones disputadas sobre la verdad. Pamplona: Ed. Universitaria de Navarra.
- Heidegger, M. (1997). Filosofía, ciencia y técnica. Santiago: Ed. Universitaria.
- Heisenberg, W.(2023). Cambios en los fundamentos de la física. Madrid: Ed. Fe de Ratas.
- Husserl, E. (2022). El análisis fenomenológico de la memoria. Buenos Aires: Ed. Río Cuarto.
- Kant, I. (2007). Crítica del juicio. Madrid: Ed. Tecnos.
- Maturana, H. (2006). Desde la biología a la psicología. Santiago: Ed. Universitaria.
- Pieper, J. (1998). El ocio y la vida intelectual. Madrid: Ed. Rialp, S.A.
- Platón. (2015). La República. Madrid: Ed. Mestas.
- Russel, Bertrand, Fundamentos de filosofía. Ed. Plaza & Janés. Barcelona, 1972
- Sokoloswki, R. (2013). Fenomenología de la persona humana. Málaga: Ed. Sigueme.
- Schiller, F. (2018). Cartas sobre la educación estética del hombre. Madrid: Ed. Acantilado.